

ALL !N CON JORDAN EASLEY

¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?

Preguntas que Jesús hizo | Parte 5 | Mateo 9:1-8

INTRODUCCIÓN

Somos la primera generación de la historia que de verdad entiende la importancia de una buena foto de perfil. Más de 250 millones de personas están en las redes sociales, y ninguno publica su peor foto: buscamos el mejor ángulo y la luz correcta, y luego suavizamos la piel, avivamos los colores y añadimos uno o dos filtros, para que cuando la gente nos vea en línea, vea la mejor versión de nosotros. Pero esta es la verdad: eso no es solo cómo nos comportamos en internet, es cómo muchos vivimos espiritualmente. Hemos aprendido a editar lo que los demás ven: filtramos nuestras palabras, pulimos nuestra apariencia y administramos nuestra reputación. Hemos dominado el arte del «resumen espiritual» perfecto. Pero la imagen real, la sin filtro, es la que Jesús ve.

En Mateo 9, Jesús mira a un grupo de hombres religiosos que parecían santos por fuera pero escondían corrupción por dentro, y les hace una pregunta que también es la pregunta para nosotros hoy: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?» (v. 4). A Jesús no lo engañan los filtros. No se detiene en la superficie; mira las profundidades del alma. Y a veces lo más lleno de gracia que puede hacer es exponer lo que tanto nos esforzamos por esconder, no para herirnos, sino para sanarnos. Al recorrer esta escena, observa cómo Jesús pasa de lo que *ve*, a la honestidad que *invita*, a la limpieza que *da*, a la transformación que *trae*.

PUNTOS CLAVE

1. Jesús ve lo que escondemos

Cuando Jesús volvió a casa, a Capernaum, la casa se llenó tan rápido que cuatro hombres no pudieron pasar a su amigo paralítico entre la multitud, así que abrieron el techo y lo bajaron justo delante de Jesús. Todos esperaban una

sanidad, pero «al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados» (v. 2), porque la mayor necesidad de aquel hombre no eran sus piernas, sino el perdón. No todos se alegraron. Los escribas empezaron a decir dentro de sí: «Este blasfema» (v. 3), en silencio, en privado, por dentro. Pero Jesús lo sabía: «conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?» (v. 4). No solo leyó sus rostros; leyó sus corazones. La misma autoridad que podía perdonar pecados también podía ver directamente lo que en realidad pasaba por dentro. Y el mismo Jesús que vio lo que ellos escondían sigue viendo lo que nosotros escondemos hoy: cuando nuestra fe se vuelve rutina, cuando nuestra adoración se vuelve solo palabras, cuando nuestras oraciones suenan sinceras pero nuestro corazón está en otra parte.

¿De dónde vienen esos pensamientos malos? La palabra griega para «mal» aquí, *ponēros*, significa algo enfermo, echado a perder, en descomposición: Jesús estaba diagnosticando una infección. Los pensamientos de los escribas no habían empezado malos; se habían contaminado con el tiempo. Lo que empezó como convicción se agrió lentamente en crítica; lo que empezó como devoción se descompuso calladamente en autoengaño. Así suele obrar el pecado: no entra como tormenta, se filtra. El enojo a menudo empieza como dolor, la amargura como desilusión, la lujuria como curiosidad, el orgullo como inseguridad. Y cuando guardamos esos pensamientos escondidos en vez de llevarlos a Dios, echan raíces y se endurecen, cambiando cómo nos vemos a nosotros mismos, a los demás y hasta a Dios, hasta que empezamos a defender lo que deberíamos confesar. Por eso Proverbios 4:23 dice: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida». Los escribas no guardaron su corazón; guardaron su imagen. Cada vez que Jesús revela lo que crece en la oscuridad, no busca avergonzarte, sino liberarte, porque los pensamientos malos no empiezan malos, pero si nunca los entregas, ahí es donde terminan.

2. La transformación comienza cuando somos honestos

La pregunta de Jesús no fue un ataque; fue una invitación. «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?» era una invitación divina a la honestidad, la oportunidad de traer sus pensamientos escondidos a la luz. Ese momento pudo haberlo cambiado todo. Pudieron haber dicho: «Tienes razón, Señor. Mi corazón no está limpio», y confesar allí mismo su orgullo y sus celos. Pero se

quedaron callados, y esa es la tragedia: Jesús les dio la oportunidad de ser sanados, y se negaron a admitir que estaban enfermos. La confesión siempre ha sido la puerta a la transformación. Proverbios 28:13 dice: «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia». Habían edificado su identidad en parecer justos, así que confesar pecado se sentía como admitir debilidad, y para un líder religioso eso era impensable. Creyeron que el silencio los protegía, pero el silencio solo preservó su pecado.

Si somos sinceros, a menudo hacemos lo mismo. Nos sentamos en la iglesia, oímos la Palabra, sentimos convicción, pero en vez de confesar, encubrimos; limpiamos nuestro lenguaje, levantamos las manos y cantamos nuestras canciones, mientras en lo profundo sabemos que algo no anda bien. Todo creyente lucha con pensamientos ocultos —celos, enojo, lujuria, inseguridad, resentimiento—, pero la diferencia entre la esclavitud y la victoria es una sola cosa: la honestidad. David lo aprendió. Tras intentar esconder su pecado, escribió que su silencio lo dejó gimiendo y agotado, «mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad... y tú perdonaste la maldad de mi pecado» (Salmo 32:5). El puente a su sanidad no fue la perfección, sino la confesión. Dejó de fingir y empezó a arrepentirse. El orgullo siempre te impedirá el arrepentimiento, y el arrepentimiento es el único camino a la transformación; así que, ¿qué pensamientos has estado escondiendo, qué pecado has estado excusando, qué secreto te está costando la paz? Jesús ya lo sabe, y sigue invitándote a la honestidad, no para avergonzarte, sino para liberarte.

3. Jesús limpia lo que confesamos

Después de confrontar a los escribas, Jesús se volvió al paralítico —el que no podía moverse, ni ganárselo, ni arreglarse a sí mismo— y preguntó: «¿Qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados»; entonces dijo: «Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa» (vv. 5-6). Allí mismo, ante la multitud escéptica, el hombre se levantó, tomó la cama que lo había cargado por años y salió completamente sano. Nota el orden: el perdón vino antes que la libertad. El pecado es una parálisis más profunda que cualquier condición física, y hasta que el corazón no sea sanado, nada más lo es de verdad. El poder de Jesús para sanar lo visible probó su

autoridad para perdonar lo invisible; el cuerpo de aquel hombre se volvió un sermón andante del perdón que ya había recibido.

Y lo que Jesús hizo por aquel hombre físicamente, lo hace por nosotros espiritualmente. Cuando por fin confesamos nuestro pecado —cuando traemos lo escondido a la luz—, Él no nos rechaza ni nos lo echa en cara. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Esa palabra «limpiar» significa purificar por completo, restregar hasta que no quede rastro de la mancha. No hay pecado demasiado profundo para su perdón ni pensamiento demasiado oscuro para su misericordia. Los escribas se perdieron el milagro que ocurría delante de ellos porque se negaron a tratar con el pecado que ocurría dentro de ellos; salieron de aquella sala sin perdón, no porque Jesús lo retuviera, sino porque nunca admitieron que lo necesitaban. No cometes el mismo error: tráele lo que has estado escondiendo y deja que lo limpie.

4. Jesús transforma a los que se sinceran

«Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres» (v. 8). El hombre llegó quebrantado y salió restaurado; llegó cargado y salió libre; entró sobre una camilla y salió como mensajero. Desde ese momento, cada paso que daba predicaba un sermón silencioso: «Jesús me perdonó, y ya no soy el mismo». Eso es transformación, y sigue siendo lo que la transformación parece hoy. Cuando Jesús limpia tu pecado, no solo borra tu pasado; te escribe un futuro totalmente nuevo: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). El hombre no volvió a la camilla; avanzó en una nueva dirección, llevando una nueva historia en lugar de la misma vergüenza.

Tal vez has estado tendido sobre tu propia «camilla» por mucho tiempo, no una física, sino culpa, vergüenza, orgullo o un pecado que has cargado en silencio por años. Jesús sigue preguntando: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?», no porque quiera condenarte, sino porque quiere limpiarte; no porque esté enojado, sino porque está listo para hacerte nuevo. Él no está revisando tu «resumen» ni mirando tu imagen con filtro; está mirando directo a tu corazón y diciendo: «Déjame sanar eso». «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1); cuando perteneces a Jesús, tu pecado ya no te define, sino su gracia. Así que sincérate

delante de Él, porque cuando Jesús te perdona, no solo te levantas: sales diferente, orando con David: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmo 51:10).

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Jesús ve más allá del «resumen espiritual» perfecto, directo al corazón. ¿Dónde has estado editando la imagen que presentas —a los demás o incluso a ti mismo— mientras por dentro pasa algo distinto?
2. A los escribas se les dio la oportunidad de ser honestos y se quedaron callados. ¿Qué pensamiento oculto, resentimiento o pecado has estado encubriendo en vez de confesar, y cómo se vería traerlo a la luz esta semana?
3. Los pensamientos malos «no empiezan malos»: el enojo empieza como dolor, la amargura como desilusión, el orgullo como inseguridad. ¿Cuál es un pensamiento que necesitas entregar a Jesús ahora, antes de que eche raíces y se endurezca?
